



Los encantos de la primavera: cuadro de Jony Joahnnnot.

LA PRIMAVERA.

En la estación hermosa de las flores
Todo respira amor, y manda amores.

Todo renace, todo sonríe, todo se agita y toma vida y movimiento: ¡esta es la estación de la *renovación*! Cúbrese

SEGUNDA SERIE. — 1858.

los árboles de verdes hojas, brotan las flores, crecen con su espléndido verdor las mieses, corren los niños por enmedio de los campos ó juegan sobre el mullido y fresco césped. ¡Es la Primavera!

Mirad, amables lectoras, esa linda niña que acaba de descubrir un nido: ha colocado sobre su dedo el pajarito recién salido del cascarón que chilla extendiendo sus alas:

AÑO XVI. 44.

lo acerca á su rostro cual si quisiese comprender su *pio pio*!

Lo que te pide ¡oh niña! es lo que tú posees sin conocer tal vez todo su valor: ¡te pide una madre que vele por sus necesidades, la libertad de revolotear alrededor de las matas como tú en la pradera!

Créeme, vuelve á colocar otra vez ese nido entre las hojas; no prives á la primavera de una de sus gracias, no robes algunas voces del triunfal coro que anuncia la vuelta del sol, deja á todos la música de los campos, y no quieras encerrarla para tí sola en una jaula!

Mas ¡ay! ¡tal es el instinto de nuestra raza! No nos basta ver y oír, queremos adquirir, hacer de todo una parte de nosotros mismos. La creación es un jardín que saqueamos como los niños, y que tomamos todas las cosas por tomarlas, no por servirnos de ellas.

Si la hermosa niña retiene prisionero al inocente pajarillo, mas allá su hermanita persigue una mariposa, y algunos pasos mas allá aun otras niñas siegan las flores cuyos capullos apenas se han abierto y forman haceditos con ellos!

¡Goza á tu manera descendencia de Adán! Pasa alegre y gozosa por enmedio de esa naturaleza abierta por la primavera, no te cuides de si esta tarda al caminar por las sendas de la pradera, se entristece el meditabundo solitario al encontrar por señales de tu paso, un nido destruido, hollado y ajado el césped, y taladas las flores!

El mismo artista Jony Joahnnot, de quien hemos dado en el Museo hace poco los placeres del Invierno, es quien hoy nos presenta los placeres, los encantos de la Primavera.

No queremos terminar este artículo sin dar á nuestros lectores la traduccion de una poesia india: es un fragmento jawan. Curiosa composicion que podrá dar una idea de la literatura de este pais tan poco conocida entre nosotros.

A LA PRIMAVERA.

Yo doy alegre la noticia de la llegada de la primavera. Todos sienten su alegría: todos con placer repiten esta noticia. Llega la primavera sonriendo al mundo. La rosa de cien hojas abre su corola por do quier: la belleza de la rosa y del capullo hacen la admiracion del mundo y le dan contento y placer.

Sentados enmedio de las rosas se revisten todos de un primaveral ropage, vagan de aqui para alli en la ansiedad del placer exentos de temores.

¿Cómo describir la magia de los jardines? Abrense en él flores matizadas de mil colores y especies varias que Rizwan (1) olvidaría el Paraíso al verlas.

Brillan esas flores de diferentes colores en el seno de verdes hojas cual preciosa pedrería, tanto que un joyero se quedaría absorto al contemplarlas. La pintada abeja revolotea aquí y allí zumbando, y por todas partes arrullan las enamoradas tortolillas.

Ven, escanciador vestido de verde y de color de rosa. Llega, músico de armoniosas y dulces palabras! llena sin demora del purpúreo licor mi copa: aquí pondremos la mesa para el banquete del placer, tocaremos y cantaremos hasta que el capullo del corazón se abra como la rosa.

El granado tiene tanta flor que parece que el árbol en-

tero se halla ardiendo: algunos almendros están en flor, otros en hojas solamente. Hay jazmines abiertos que los mira con sorpresa el ojo del mundo.

Cuando sus flores cubren graciosamente la tierra parecen un campo de azafran; corren por todas partes los arroyuelos, y los ríos acrecentados por sus aguas alzan sus ondas mecidas por el soplo del viento: á medida que hierven los manantiales con fuerza en su seno producen un ruido agradable.

Las cascadas se precipitan con violencia, y los estanques están llenos hasta los bordes. Por do quiera que mireis veis reflejarse en ellos la luz. Las ruedas están en movimiento en las norias.

En el mes de baïkakh (1) (abril) comienza el calor: se desarrolla al sol el olor de la rosa, esta perfuma el agua, el cerebro del alma se embalsama con su aroma.

Las abejas que revolotean hacen resonar el jardín con sordo ruido de su zumbar. Sacude la rosa los pliegues de su vestido y alfombra el jardín de los amarillos escombros de sus flores.

Así en el jardín del mundo se hallan diseminadas las rosas de la esperanza que á porfía cogen los hombres. Todos están contentos y son felices: no se habla mas que de placeres y de diversiones. El mantel de los banquetes está desplegado y puesto por todas partes.

EL CONDE DE FABRAQUER.

UN TORNEO EN CORINTO.

(1304.)

En 1202 se había levantado una cruzada de toda la cristiandad contra los turcos bajo las órdenes de Balduino, conde de Flandes y del marqués de Montferrato, mas los cruzados separados de su objeto por la traicion de los emperadores griegos se decidieron á dar nuevos señores al imperio de Oriente. Balduino fué elegido en consecuencia emperador de Constantinopla, y Montferrato obtuvo por su parte el reino de Salónica.

Cuando acontecimientos tan extraordinarios se supieron en Francia, la ambicion de los señores se despertó y cada caballero segun su posicion en la gerarquía nobiliaria ó segun el valor de que sentía capaz, soñó con la conquista de un reino, de un principado ó por lo menos de un rico feudo. Uno de ellos, Guillermo de Champlitte, caballero champañés, despues de haber empeñado sus posesiones, se embarcó en 1205 con muchas gentes de á pie y á caballo y abordó á la península de Morea, que poco tardó en conquistarla toda con la ayuda de su amigo Godofredo de Villehardouin. Algunos años despues este era el único poseedor del pais conquistado, y gozaba de todas las prerogativas de la soberanía.

Varias generaciones de la familia de Villehardouin se sucedieron hasta que en 1301 la princesa Isabel llevó todos los derechos de esta ilustre casa á su segundo esposo Felipe de Saboya. Este jóven príncipe, dotado de claro entendimiento y de suma bondad, supo hacerse amar bien pronto de sus

(1) El ángel portero del Paraíso.

(1) Rosa y verde.

nuevos súbditos, á los que traía la dulce esperanza de una era de paz y de prosperidad. Bajo su reinado descansó la Morea de las guerras que la destrozaban hacia ya un siglo.

La corte residía unas veces en Clarenza y otras en Corinto; durante su permanencia en esta última ciudad, fué cuando el príncipe quiso ofrecer á sus súbditos griegos un espectáculo de las costumbres del esplendor de Europa occidental, haciendo anunciar un torneo para el mes de mayo de 1304.

Ciertamente era un acontecimiento bien extraordinario en aquel país de antiguas tradiciones, un torneo semejante á los que hacían las delicias de las cortes de Occidente, y esta noticia conmovió á todos los grandes señores tanto griegos como franceses. Todos los días llegaban buques de Francia, Barcelona, Nápoles, Venecia, Trieste y de las cortes cristianas de Jerusalem y Chipre, cargados de caballeros deseosos de proezas y de mostrarse dignos de los que los acogían. Esta era una ocasión para Felipe de dar rienda suelta á su liberalidad y munificencia y así gastó este príncipe enormes sumas en honrar su nueva corona.

Al pie del castillo llamado Acro-Corinto, y fuera del recinto de la ciudad, se estiende un vasto campo, en el que se construyó el palenque. El anfiteatro estaba adornado de espléndidas tapicerías de seda y terciopelo verde, realizadas por bordados y ornamentos de oro; las tiendas de los caballeros decoradas segun su gusto particular, rodeaban la liza, y en sus intervalos brillaban las lanzas simétricamente ordenadas de los que debían tomar parte en la lucha. Los pendones ofrecían todos los geroglíficos de los caballerescos blasones. Por un lado se distinguía la humilde Cruz que todos habían tomado al dejar la patria, y que muchos conservaban como el símbolo del soldado cristiano; por otra el *Palo*, orgulloso signo del poder terrestre del caballero, y de su derecho de alta y baja justicia. Mas allá la *Banda* y la *Faja*, imágenes de la trineca, y la faja cuyos colores reproducían; el *Cherurron* que con la punta hacia arriba, representa las máquinas de guerra, y hacia abajo el estribo del caballero denotando haber sido herido en la parte baja del cuerpo; los *Roeles* ó panes redondos, que eran una señal de honor para los que habían quitado al enemigo algun convoy, ó abastecido el ejército ó una plaza; los *Castillos*, símbolo de ciudades tomadas por asalto; los *Besantes* de oro ó de plata, monedas que recordaban el rescate pagado á los infieles por la libertad del caballero; el *Ajedrezado*, signo no menos ingenioso del campo de batalla donde se ha mandado un ejército.

La imagen de los animales hacía tambien un gran papel en los ornamentos caballerescos; el *Leon* se ostentaba como símbolo del valor, de la bravura, mientras que el casto *Unicornio* era una divisa de fe y de lealtad; luego el *Aguila*, emblema de vigilancia y de dominio; el *Grifo*, mezcla fantástica de águila y de leon, cuyas formas y calidades reúne. Unos adoptaban los *Aguilucho*s sin pico ni garras, para indicar los enemigos vencidos y desarmados; otros mas humildes, mas alejados de los bienes y placeres del mundo, llevaban *Mirlos*, imagen de los cruzados que habían pasado el mar como esos pájaros de paso, que se pintaban tambien sin pico ni uñas para espresar la penitencia y resignacion del peregrino.

Todas estas piezas brillaban con vivos colores, llamados esmaltes; eran el *oro* emblema de nobleza, de virtud y de elevacion de ánimo; y la *plata* signo de inocencia y de fran-

queza. El *gules* ó rojo representaba la sangre vertida en los combates; el *azur*, color de zafiro, era símbolo de belleza y de dulzura; el *sinople* ó verde emblema de esperanza, de cortesía y de alegría; el *púrpura* ó violado signo de gravedad, de abundancia y de devocion; el *sable* ó negro indicio de humildad, de arrepentimiento y de cansancio del mundo. Por fin, los forros de *arminios* y de *veros* insignia siempre venerada de alta dignidad.

Una tribuna ricamente adornada de brocado verde sembrado de conchas de oro, había sido preparada para el príncipe Felipe hacia el centro de uno de los lados del palenque. Llegó rodeado de su nobleza y de multitud de damas y señoritas, entre las que brillaba como un limpio diamante en un collar de perlas orientales, la princesa de Morea, cuya mano debía coronar á los vencedores. Subió el príncipe las gradas de su tribuna, y vino á sentarse en el frente, y por su orden proclamaron los heraldos el principio de las fiestas.

En una de las puertas del recinto había una tienda de seda negra decorada con los blasones del señor Dandolo, noble veneciano admitido á sostener un paso de armas. Este salió á pie armado de punta en blanco, y vino á saludar al soberano y á las damas, interin que por la puerta opuesta entraba en la arena el noble señor de Lauria con una sobrevesta con las armas de su ilustre casa.

Ambos llevaban en la diestra una pesada espada, llamada estoque y en la izquierda una hacha de armas; otra espada mas corta colgaba de su cintura; en el brazo izquierdo tenían una tarja ó pequeño escudo de forma cuadrada. Llegados á cierta distancia se arrojaron los dos campeones con todas sus fuerzas sus estoques, pero habiendo parado el golpe con su tarja el señor Dandolo y no habiendo sido alcanzado el caballero catalán, el combate con el hacha dió principio. El veneciano daba violentos golpes á la altura de la cabeza para alcanzar en la cara á su adversario, mientras que Lauria, con sangre fria admirable y aprovechándose de la ventaja de su elevada estatura, paraba los golpes con el mango de su arma y al mismo tiempo trataba de introducir el otro extremo por las rejillas de la visera de su contrario. Despues de una prolongada lucha consiguió al fin de este modo levantar el casco del veneciano y quitárselo de la cabeza, lo que le puso en la imposibilidad de defenderse. Ambos caballeros fueron muy aplaudidos y cumplimentados por las damas; estrechándose hasta tal punto su mútua amistad, que desde aquel instante no habitaron sino bajo una misma tienda durante todas las fiestas. El noble Raimundo de Lauria fué conducido por dos bellas damas á la tribuna real, y arrodillándose á los pies de la reina del torneo, recibió en su cuello, colocada por sus propias manos, una rica cadena de oro con una joya pendiente, como premio de su victoria. Durante esta ceremonia ensordecían el aire los clarines, atabales y las harpas tocando marchas guerreras, y los multiplicados aplausos y vivas de mas de cuatro mil espectadores.

El mismo príncipe debía tomar parte en las justas; envió á proponer un paso de armas á Nicolás de Saint-Omer, gran mariscal de Morea, que se guardó bien de rehusar tal honor. Los dos campeones habían hecho mil veces sus pruebas, y eran reputados por los dos mas valientes de todo el principado. Si el príncipe tenía una aureola que da el poder soberano, el mariscal se distinguía por las mas eminentes

cualidades; jóvenes y hermosos ambos se atraían todas las miradas y todas las simpatías.

Para honrarlos, cada uno de ellos fué acompañado hasta la entrada del palenque, por una bella dama montada en una hacanea, guiando el palafren de su caballo con un cordón de oro: en las puertas los exhortaron á comportarse valerosamente volviendo luego á ocupar sus sitios en el palco real.

Las armas con que debían combatir eran espada y lanza. El príncipe llevaba la lanza en ristre y la espada al costado; el mariscal tenía su lanza con la mano derecha y la espada y la brida con la izquierda. Lánzase los dos campeones uno sobre otro, el mariscal evita la punta de la lanza, y conociendo el poder de su caballo empuja con él al de su adversario, que dobló los corbejones traseros; Felipe, violentamente impelido sobre la grupa, parece al pronto desazonado, pero sin turbarse levanta su caballo y toma la ofensiva. Su espada le sería muy útil, mas desgraciadamente con el brusco esfuerzo hecho para sostenerse en la silla, el tahalí casi se rompió y la espada le colgaba al revés.—No pudiendo sacarla, toma las bridas con la derecha, y opone su guantelete de acero á la hoja de su contrario que trata de agarrar; su habilidad y ligereza vino en su auxilio; al ir á caer al suelo su espada que se salía de la vaina, se baja con presteza y logra cogerla. Entonces cambia de aspecto la escena; el joven príncipe ataca á su contrario con furor sin igual, y el mariscal parece no advertir los golpes redoblados que le tira sino para desplegar una habilidad y sangre fría que causan la admiración de la corte. Por fin los dos campeones, cansados ya, parecen á punto de caer ambos, cuando Felipe, reuniendo todas sus fuerzas en un último esfuerzo, se alza sobre los estribos y descarga á su adversario un tajo en la nuca que le hace perder la silla y caer á los pies de su caballo.—Inútil nos parece el indicar el entusiasmo que acompañó al príncipe hasta su palco, y las muestras de simpático dolor que todos tributaban al joven mariscal, mientras era conducido á su tienda para ser curado.

Las justas terminaron por un combate á caballo entre Guy de la Roche, duque de Atenas, el señor mas poderoso después del príncipe de Acaya y Guillermo Bouchard, caballero por todos reputado como el mejor justador. Sabiendo el duque de Atenas que tenía que habérselas con tan terrible contrario, se hizo envolver todo el cuerpo con fajas, que en seguida cubrió con pequeñas placas de cobre, propias para preservarle. Los que le ayudaron á arreglarse así, no fueron bastante discretos, y el mariscal del palacio creyó de su deber prevenir á Bouchard de las prevenciones tomadas por su adversario. Bouchard, valiente y generoso como siempre, dijo que él despreciaba semejantes medios; que además no temía á la muerte, y que para correr unas lanzas no se había de armar de otro modo que lo que hasta entonces había acostumbrado para combatir en el campo de batalla.

Abrieron la empalizada y los dos campeones entraron en la liza. Guillermo, que no ha olvidado el ardid de su adversario, evita el tirarle y se le acerca fingiendo querer trabar una lucha cuerpo á cuerpo; luego por medio de un rápido movimiento obliga á su caballo á dar un salto haciendo que se meta la punta de su frontal por los pechos del corcel del duque, que se tambalea amenazando arrastrar en su caída á su jinete. Aquello era ardid por ardid; mas el duque, que

conoce lo que tiene entre manos, cuida de no dejar los estribos, y espera que los jueces del campo sentencien si ha sido desazonado ó no. El pobre caballo estaba ya á punto de desplomarse del todo cuando acudiendo al llamamiento del duque su señor sus escuderos, entraron en la liza y con sus hombros sostuvieron al caballo casi muerto con su ginete encima. Los jueces declararon que el duque no había saltado de la silla, y que ambos campeones se habían conducido bien.

Esta lucha fué la última del torneo, al que asistieron mas de mil caballeros sin contar los escuderos y hombres de armas que todos traían de séquito. Luego tomaron todos la vuelta de sus castillos, y los recuerdos del torneo de Corinto dieron pábulo largo tiempo á las conversaciones de los castellanos y sus esposas.

M. DE LATORRE.

FELIPE III.

Vamos á condensar en breves líneas uno de los mas importantes reinados de la monarquía española-austriaca. En otros números hemos dado ya á nuestros lectores los estudios históricos de Carlos V, Fernando VI y otros soberanos. Hoy vamos á hablar de Felipe III.

Felipe III sube al trono á los veinte y un años de edad. Su inesperienza, la debilidad de su carácter no le hacen propósito para contener la decadencia que en los últimos años de su padre comienza á sentir la monarquía española, que había dado la ley y llenado de consternación á todas las potencias de Europa. La inesperienza se disminuye con los años, la debilidad de carácter jamás, y es el mas fatal de los defectos de un rey.

Don Francisco de Rojas Sandoval, marqués de Denia, caballero de Felipe III cuando solo era príncipe de Asturias, conservó el ascendiente que tenía sobre el príncipe, y creado duque de Lerma y primer ministro, rige á su arbitrio esta vasta monarquía. Hombre tan poco apto para el gobierno como el rey, es á la vez dirigido por otro favorito suyo, hombre audaz, resuelto, de nacimiento oscuro, don Rodrigo Calderon, que de hijo de un pobre soldado se elevó á secretario de Estado, á conde de la Oliva, marqués de Siete Iglesias y uno de los mas ricos y poderosos señores de la España. Calderon aconsejó al duque de Lerma un sistema erróneo de administración, aumentó los empleos y los gastos para sostenerse en el poder, y su prodigalidad fué un insulto á la miseria pública. Emprende el duque de Lerma, á pesar del mal estado de la hacienda pública, conquistar á Argel y la Irlanda (1602); grava al pueblo con nuevas contribuciones, recarga los impuestos sobre los artículos de primera necesidad, y levanta empréstitos, hipotecando las futuras remesas de dinero que debían llegar de América, invención del crédito nacional, que no conocieron los antiguos, medio seguro de ruina para un Estado, y con el que ministros aduladores proporcionaban dinero á los reyes para sus caprichos, sin que la nación se resintiese por el pronto, aunque quedando grabada con un peso enorme, teniendo que aumentarse las contribuciones para pagar los réditos y el capital, recurso fatal de eternizar las miserias de la nación sin que jamás los ciudadanos puedan gozar con liber-

tad de sus propiedades amenazadas de gravámenes y cargas extraordinarias. A esta opresión estaban reducidos los españoles por el duque de Lerma. Desgracióse la expedición de Argel por la tempestad que deshizo la escuadra. Los españoles, faltos del auxilio que les prometieron los irlandeses, fueron derrotados, y tuvieron que capitular en Irlanda.

La reina Isabel de Inglaterra, enemiga irreconciliable de España, murió (1603), y subió al trono Jacobo I, hijo de la desventurada María Stuardo, y la paz se restableció entre estas dos naciones. La paz con Inglaterra aseguraba el recibimiento regular de las flotas de América y los recursos para continuar sometiendo las provincias de Flandes, donde Os-

tende por tres años, á pesar de tener abiertas varias brechas, desafiaba los esfuerzos impotentes de la España, y la constancia del archiduque Alberto y de su esposa la infanta Isabel, que había hecho voto de no abandonar el sitio. Felipe III manda al general Spínola con un refuerzo considerable de tropas que él mismo había levantado á sus expensas. Spínola hizo capitular á Ostende el 20 de setiembre de 1604. Costó este sitio tres años y la pérdida de mas de sesenta mil hombres. Spínola fué nombrado generalísimo de las tropas de los Países Bajos. La obstinación y ruinosa guerra que la España siguió en Flandes, elevó el comercio de los holandeses al grado de prosperidad en que se encuentra hoy. El du-



Sus ojos extraviados tropezaban en la imagen santa del Redentor del mundo.

que de Lerma, para llenar las exhaustas áreas del tesoro, imaginó doblar nominalmente el valor de la moneda de vellón, empero las naciones vecinas inundaron la España de monedas contrahechas que daban á un precio mas bajo que el corriente, y recibían en cambio oro y plata, que estrajeron del reino, presentando éste el aspecto de la miseria. Faltaron los recursos para las tropas de Flandes, y ocho buques de transporte que conducían las tropas españolas, interceptados por los cruceros holandeses, tienen que dispersarse, y apresados cuatro de ellos, los infelices prisioneros atados de dos en dos son arrojados al mar, crimen odioso que des-

honra al partido protestante y al pueblo holandés (1605). Spínola repara este desastre haciendo venir reclutas de Italia, y conquista varias plazas á los insurgentes. Mientras España recuperaba una antigua parte de su antiguo territorio en el norte de la Europa, perdía en cambio preciosas colonias como las Molucas, de que se apoderan los holandeses, cuyas escuadras vinieron á cruzar delante de las costas de España, á sorprender los galeones que venían de América. Una escuadra española es derrotada por los holandeses en la bahía de Gibraltar (1607). Una escuadra holandesa intercepta un rico convoy que venía de la Habana; dos galeo-

nes fueron presa de las llamas, otros tres naufragaron. Agotados todos los recursos de la nación española, cansadas también las provincias de los Países Bajos con tan desastrosa guerra, se acordó una tregua de doce años (1608), continuando la república de Holanda en posesión de las conquistas que habían hecho y las libertades de que gozaban. Así se terminó, ó al menos se suspendió una guerra que duró cuarenta años, que tan fatal fué para la prosperidad de la España, y que desde 1567 en que la emprendió Felipe II, costó á la España mas de dos mil millones de reales, la flor de sus ejércitos, que agotó sus recursos, y anonadó su comercio y poder marítimo.

Otra herida mas honda recibió la prosperidad de la nación cuando se terminó la guerra de Flandes, inmenso abismo que había tragado sus hombres y sus recursos. Esclavo Felipe III de una superstición y devoción poco ilustrada, aborrecía á los moriscos, y atendiendo á las quejas del clero, decretó con secreto y simultáneamente (1609) la espulsion de los moriscos de España. Un edicto del rey les mandó embarcarse, bajo pena de muerte, en los buques preparados de antemano, para Africa. En vano los señores de Valencia y de otras provincias reclaman á favor de estos habitantes, industriados la mayor parte y aplicados. Llevóse á efecto el decreto, y un millon de habitantes, la mayor parte artesanos, fabricantes y agricultores, salieron en un solo día de España, dejando abierta en su seno una honda herida, que acarrió la ruina del comercio y la decadencia de la agricultura. Solo en Sevilla ocupaban los moriscos mil seiscientos telares. La espulsion se verificó ademas de un modo bárbaro y cruel.

Mas de una vez aquel rey de quien decia nuestro gran poeta Quintana, *que nació para orar, y un solo dia quiso mostrarse rey, y á las arenas libicas lanzados un millon de sus súbditos se vieron*, en el fondo silencioso de su cámara real, veía alzarse delante de sí cual espectros terribles las sombras de los que había hecho perecer su poco ilustrado celo. En vano apelaba á la religion en cuyo nombre había hecho el mal, sus ojos estraviados tropezaban con la imagen santa del Redentor del mundo, con sus brazos abiertos para recibir á todos los hombres, y dejando caer de sus moribundos labios como última palabra, una palabra de perdon.

Enrique IV rey de Francia, meditaba dar un golpe á la casa de Austria, declarando la guerra á España, pero el puñal de un malvado le asesinó (1610) y cambió la faz de los negocios. Su viuda María de Médicis, estrecha con vínculos mas íntimos la alianza de España por medio de un doble matrimonio del príncipe de Asturias don Felipe, con la infanta doña Ana, y de la infanta Isabel con el príncipe Luis de Francia.

En Alemania una lucha con el conde Palatino de Neubourg contra el marqués de Brandemburgo, hace que Spínola tome parte por el primero, pasa el Rhin, se apodera de Orsoy, embiste á Cleves, mientras el príncipe Mauricio toma posesion, en nombre de los Estados, de Juliers Sken, y tremola el estandarte holandés sobre los muros de Enmerich (1614). Spínola y el príncipe Mauricio por una convencion tácita, guardan sus nuevas adquisiciones y engrandecen la casa de Austria y las Provincias unidas á espensas de los que habían implorado su proteccion.

La España declara la guerra al duque de Saboya; sus ejércitos invaden el Piamonte, derrotan al duque de Saboya junto á Asti, desde cuyo castillo concluye un tratado de paz

con el marqués de Hinojosa, general de los españoles y gobernador de Milan (1615). La corte de Madrid desaprueba el tratado, destituye á Hinojosa y nombra al marqués de Villafraña por general; pero despojada por las convulsiones interiores de la Francia del poder María de Médicis, sus favoritos partidarios de la casa de Austria perecen víctimas del furor popular. El joven Luis XIII toma las riendas del gobierno, y los franceses combaten en Italia á favor del duque de Saboya. Los españoles se batian en todos los puntos con diversa fortuna, ocupan las plazas de Vercelle, Soleré y otras, y ajustan por último la paz (1617), bajo las mismas bases convenidas anteriormente en Asti.

Mas próspera era la suerte de las armas españolas por mar. Las islas Molucas cayeron en poder de Felipe, y sus navios triunfaron de una escuadra holandesa que amenazaba las Filipinas. Osuna, virey de Sicilia, había ganado algunas señaladas victorias á los turcos (1613 y 1614), á quienes persiguió hasta las playas africanas, apoderándose de muchos puntos interesantes. Nombra virey de Nápoles (1616), su administracion justa y benévola le concilió el amor de aquel pueblo; sus talentos militares le adquirieron alta consideracion y el renombre de Gran Duque de Osuna; las ventajas que obtuvo (1617) sobre la flota veneciana, hizo que el pabellon español recorriese libremente el Adriático, empero sus triunfos le suscitan enemigos: temió perder el poder, y proyectó hacerse soberano de Nápoles. Los nobles se le oponian. Entró en una conspiracion con los descontentos de Venecia y que fomentaba el marqués de Bedmar, pero el consejo de los Diez le descubre, castiga severa y ejemplarmente á los conjurados (1618), y la república se salva. El duque de Osuna se hace sospechoso á la corte. El cardenal Gaspar Borgia pasa súbitamente á Nápoles (1619) con la mision de intimar al duque la entrega en el acto de su gobierno, y su vuelta á Madrid á dar cuenta de su conducta. La llegada inesperada del nuevo virey frustra toda clase de resistencia. Al duque de Osuna relacionado con el favorito de Felipe III, aunque destruyó todos los cargos que se le hicieron, se le retuvo preso en el castillo de la Alameda, donde murió el 25 de setiembre de 1624.

El duque de Lerma, contra cuya administracion se levantaba el clamor público, creyó que la púrpura romana daría mas crédito y estabilidad á su poder. Muere su muger á quien amaba, y obtuvo el capelo de cardenal: pero esta alta dignidad, lejos de darle un carácter sagrado á los ojos del devoto monarca, le inspiró menos confianza que antes. El duque de Uceda hijo del de Lerma, y á quien su padre había colocado cerca del rey, ambicioso é ingrato, suplantó á su padre en el favor del rey, y se unió á sus enemigos. Los clamores de la nación sirvieron de pretexto, y los parásitos que las prodigalidades del cardenal ministro habían enriquecido, rivalizaron en ardor, en trabajar por la caída de su bienhechor (1618). El duque de Lerma recibió la orden de retirarse á sus tierras, donde en breve el pesar le condujo al sepulcro. El duque de Uceda le reemplaza en el ministerio, y la nación no ganó nada en el cambio. Su primer acto fué mandar instruir una sumaria contra su padre. Este acto debió dar á conocer al rey el carácter de su nuevo ministro, pero amante de la tranquilidad se contentó con mandar suspender los procedimientos contra su antiguo favorito.

El duque de Lerma no era enteramente aborrecido, la reaccion se manifiesta mas violenta contra don Rodrigo Cal-

deron, marqués de Siete Iglesias, que de oscuro nacimiento, miraba con intratable orgullo á los grandes, que si bien le adulaban mientras estuvo en el poder, poblando las antepasadas de su casa, á su caída se vengaron de su rápida elevación. Mandó el rey prenderle y formarle causa. Duró el proceso mas de dos años y su prision. Aun en el tormento se mostró firme y resignado á la voluntad del cielo. Forjáronse contra él cargos evidentemente falsos; el objeto era condenarle. A la muerte de Felipe III y al advenimiento al trono de su sucesor, de quien habia protegido los amores y placeres, fué sacado de la prision para perecer en el cadalso, víctima de odios y venganzas particulares (1619). Fué verdaderamente grande en los últimos momentos de su vida, y sus mismos enemigos no pudieron menos de admirar la dignidad y el orgullo con que sufrió su no merecida suerte.

El nuevo ministro, duque de Uceda, para impedir la ruina de la nacion, consultó al Consejo de Castilla la situación de la monarquía, y este cuerpo respetable; habló con aquella libertad con que lo hubieran hecho las antiguas cortes, cuyas atribuciones tenia en parte. Hizo presente que debian rebajarse los tributos excesivos que pagaban los pueblos, revocarse las donaciones hechas con gran perjuicio del Estado y de los particulares; disminuir el gran número de los conventos que habia y negar el establecimiento de otros; prohibir la adquisicion de bienes á los mismos, porque en ellos entraban grandes haciendas, empobreciendo al Estado y disminuyendo la poblacion, por lo que no se permitiría profesar á los novicios hasta los veinte años, y disminuir el número de eclesiásticos en todo el reino, reduciéndolos á los necesarios al culto. Esta consulta tan conforme á los cánones de la Iglesia y á las leyes de la nacion, fué desoída.

Grandes convulsiones comenzaban á agitar la Europa de nuevo (1619) por la sucesion al imperio de Alemania, vacante por muerte de Matías y el archiduque Alberto, últimos vástagos de la raza masculina de Maximiliano II. Felipe podia hacer valer sus derechos á la sucesion de los dominios hereditarios de la casa de Austria: los renuncia y reconoce por emperador de Alemania á Fernando I. Vence éste cuantos obstáculos se le oponen con los auxilios del elector de Sajonia, la caballería de Polonia y la infantería de España. Bohemia, se le resiste, pero el conde Bagoi, enviado por el rey de España desde los Países Bajos á la cabeza de doce mil hombres, la somete. El duque de Feria, que habia sucedido en el mando de Milan al marqués de Villafraña, ocupa el pais de Valtelina para imponer respeto á los venecianos y servir de freno á la Italia (1620). Felipe III habia sido bastante feliz para ver humillados sus enemigos estraños y domésticos, empero su reinado tocaba á su fin. Una fiebre lenta minó su existencia; en vano emprende un viage por consejo de los médicos á Lisboa. A su vuelta á Madrid vé los síntomas de su próxima disolucion y espira con los mayores sentimientos de piedad y resignacion cristiana el 31 de marzo de 1621 á los cuarenta y tres años de edad y veinte y dos y medio de reinado. El carácter de este príncipe forma un gran contraste con el de su padre. Dos solos actos de crueldad manchan su reinado, la espulsion de los moriscos y el castigo de Calderon, estos no fueron obra suya, si de su debilidad en ceder á todo. Con buenos ministros hubiera sido un gran rey; pero es una verdad histórica que si los grandes reyes saben hacer grandes ministros, es poco comun que los medianos sepan elegir buenos mi-

nistros, y si los hallan dejarse regir por ellos. La docilidad de Felipe III fué para el engrandecimiento de España no menos funesta y fatal que lo habia sido la obstinacion y firmeza de su padre Felipe II.

La España, que habia llegado al mas alto punto de gloria en el reinado de Carlos V y de Felipe II ocultaba bajo un exterior brillante, bajo el manto de púrpura y de oro, un cuerpo doliente que debilitaba una enfermedad funesta. El movimiento retrógrado que conduce á los pueblos al embrutecimiento y á la miseria, comenzó en el reinado de Felipe III, y en vano Felipe IV luchará contra el torrente que arrastra su desventurado reino.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

MONTE BLANCO.—Una de las cumbres de los Alpes, montañas que se estienden desde los límites orientales de la Francia á la Turquía. El monte Blanco tiene catorce mil setecientos noventa pies. Otras muchas montañas de la cadena de los Alpes tienen tambien una grande elevacion. El monte Buet, en los Alpes Saboyanos, tiene cerca de nueve mil quinientos pies: el monte Cenís, diez y nueve mil ciento veinte y seis; el monte Iseran, doce mil cuatrocientos cincuenta y seis. La cima del monte Blanco está siempre cubierta de nieve, y sobre sus costados se encuentran ventisqueros que se derriten en parte en el estío, pero que sin embargo aumentan progresivamente en estension y en espesor, tanto que están cubiertos de comarcas que estaban en otro tiempo habitadas, y de las que todavía se divisan sobre los ventisqueros la cumbre de algunos campanarios.

LOS LAGOS DE GOSAN.

Los lagos de Gosan están situados en aquella curiosa y pintoresca comarca del Austria, que se llama Salzkammergut, y algunas veces tambien la Suiza austriaca. Una jornada comprendida la vuelta, basta á los bañistas de Ischl para ir á visitarlos: es una de las mas interesantes escursiones que se pueden hacer á las montañas inmediatas á aquella pequeña poblacion de baños, convertida hace algunos años en un sitio imperial y aristocrático. Pero para verlos es preciso saber caminar: el camino que á ellos conduce, se detiene á una distancia de cuatro leguas. Nada es mas encantador y pintoresco que el resto de aquella expedicion: se sube desde luego á un risueño valle á la ribera derecha del Trani; despues se costea el hermoso lago Hallstatt hasta el molino situado á la entrada del valle de Gosan, y llamado el molino de Gosan. Subiendo entonces al valle de aquel nombre, se pasa bajo el Josauzwang, acueducto de mas de cuarenta metros de elevacion sobre el camino que conduce á Ischl, el Soore (salmuera ó agua salada) y las minas de Hallstatt: el paisaje toma un carácter cada vez mas y mas peculiar de los Alpes. Bien pronto se llega á la aldea de Gosan, cuyas casas se hallan diseminadas en una grande estension. Cerca de la casa de un mariscal se detienen los carruages, y los que hacen la ascension deben de tomar un guia. Hora y

media de andar en un valle estrecho y con cuestas, en el fondo del cual corre el Gozambach, se necesita para subir hasta el Borderche, lago anterior, bonito, ceñido de altas montañas entre las que se nota sobre todas el Thorstein, cubierto siempre de nieves y de hielos porque su culminante

cima está mas de tres mil metros sobre el nivel del mar. La mayor parte de los viajeros que hacen la ascension, bajan del Borderche á Gosan para tomar su carruage: los mas intrépidos únicamente suben hasta el lago Posterior (*Interse*), situado á una altura mucho mas considerable y de diferente



Los lagos de Gosan.

aspecto. Las rocas calcáreas que le dominan se hallan enteramente peladas, y ningún árbol, ningún arbusto, ve retratar sus hojas en el espejo de sus aguas. Al llegar allí se han pasado los límites de la vegetacion, se halla uno en aquellas regiones severas, empero grandiosas, de rocas y de eternas

nieves, donde el alma humana, mas aislada y mas libre, disfruta de goces desconocidos á los habitantes de las tierras bajas.

MANUEL NUÑEZ.